



ETIOPÍA

¿Cómo apagar un incendio: con agua o con gasolina?



En los años ochenta y noventa, los conflictos internos, las severas hambrunas y la carencia de materias primas relegaron a Etiopía, el segundo país más poblado de la región (cerca de 100 millones de habitantes), a los últimos puestos dentro del panorama africano. Sin embargo, con el nuevo siglo el fuerte crecimiento de la economía (superior al 10% anual en el periodo 2005-2015) situó al país entre las naciones más prometedoras de África Subsahariana. Si bien su potencial es indudable, también hay que tener presente que Etiopía continúa siendo, hoy en día, una economía principalmente agrícola, con un PIB per cápita (550 \$) que equivale a menos de un tercio de la media de la región subsahariana.



El intenso dinamismo de los últimos años ha estado impulsado por el nacimiento del sector industrial -ligado a la fabricación de bienes de bajo valor añadido para empresas foráneas- y, sobre todo, al ambicioso programa de infraestructuras diseñado por el gobierno central, sostenido en buena parte por las donaciones internacionales.

Los avances económicos y la sintonía con la comunidad internacional han contrastado con las numerosas denuncias de organizaciones de defensa de los derechos humanos por el notable deterioro del marco socio político.

El Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope (FDRPE) concentra el poder desde el fin de la guerra civil contra el régimen dictatorial de Mengistu¹, en 1991. A pesar de ser oficialmente una democracia parlamentaria, el marco político etíope se ha asemejado, en la práctica, a un sistema de partido único, con ciertas similitudes con el modelo chino.

El elevado control del Estado por parte del FDRPE se intensificó a partir de las elecciones de 2005. Presionado por la comunidad internacional, el partido flexibilizó el marco político, y permitió, por primera vez, la intervención de la oposición en los medios de comunicación, así como la presencia de observadores internacionales en el transcurso de los comicios. Dichas medidas pusieron en peligro la continuidad del FDRPE al frente del gobierno. El Primer Ministro desde 1995, Meles Zenawi, revalidó su mandato; sin embargo, su victoria estuvo envuelta en sospechas de irregularidades, lo que incitó enérgicas protestas entre los partidarios de la oposición. Las manifestaciones fueron reprimidas con excesiva dureza, lo que se tradujo en un balance final de más de 200 fallecidos y cerca de 20.000 encarcelados.

El FDRPE aprendió una lección de dichos comicios: si quería asegurar su posición en el poder debía intensificar su autoritarismo. Así pues, si bien las elecciones de 2005 iban a suponer un punto de inflexión hacia un sistema multipartidista, los acontecimientos evolucionaron hacia el escenario opuesto. Con el fin de extender su control, el partido amplió su presencia en los estamentos de la administración; incrementó enormemente el número de afiliados al partido; restringió la libertad de prensa; y encarceló a numerosos opositores y periodistas. Asimismo, algunas organizaciones han acusado al gobierno de realizar registros sistemáticos de las telecomunicaciones. Los resultados en las siguientes elecciones fueron incontestables: la oposición obtuvo solamente uno de los 547 escaños del Parlamento en 2010.

La muerte de Meles Zenawi, en 2012, apenas provocó cambios en el escenario político. Pese a los temores sobre su sucesión, la transición se produjo de forma pacífica, y el hasta entonces viceministro, Hailemariam Desalegn, tomó el relevo al frente del



Ejecutivo. El dominio del FDRPE tras el cambio en la jefatura de gobierno se ha mantenido invariable. En las elecciones de 2015 -en las que participó por primera vez Desalegn como candidato- la hegemonía del FDRPE fue, nuevamente, absoluta (la oposición no consiguió representación alguna en el Parlamento).

¹ El ex dictador Mengistu se encuentra exiliado en Zimbabue. En 2006 fue condenado por genocidio por la Justicia etíope, por su implicación en la campaña conocida como Terror Rojo, en la que fueron asesinadas más de 150.000 personas.



Aunque el FDRPE está integrado por cuatro agrupaciones que representan a los principales grupos étnicos del país (Oromo 40%, Amhara 27% y Tigray, 6%), el poder ha sido ejercido principalmente por los tigray.

Esto ha generado un sentimiento de discriminación en el resto de la población, especialmente en la región mayoritaria de Oromia, que consideran que el desarrollo económico se ha concentrado principalmente en la capital, Adís Abeba y en la región norte.

Así, la crispación provocada por la ausencia de alternativa política se agrava como consecuencia de la divergencia interétnica de Etiopía. Todo ello ha configurado un escenario socio político proclive al estallido de conflictos sociales. La relativa estabilidad se rompió a finales del pasado año, a raíz de la aprobación del denominado "Master Plan". Dicho programa consistía en la ampliación de los límites de la capital, Adís Abeba, a costa de anexionar territorios de los oromo, lo que afectaba a cerca de dos millones de personas. Teniendo en cuenta que la agricultura emplea al 80% de la población, la expropiación de las tierras suponía la pérdida de amplias zonas de cultivo.

El proyecto actuó como catalizador y desencadenó numerosas protestas en la región de Oromia. La escalada de los acontecimientos, con más de 140 fallecidos, obligó al gobierno a dar marcha atrás y, en enero del presente año paralizó el Master Plan, lo que supuso un acto de apertura poco común en el Ejecutivo.



Sin embargo, esto no ha sido suficiente para disipar el descontento. Al revés, las protestas se han extendido a otras regiones, como Amhara, la segunda más poblada del país. Asimismo, la fuerte represión ejercida por las fuerzas del orden (acusadas de utilizar munición real) no ha hecho más que alejar la conciliación entre las distintas partes.



Estas turbulencias tuvieron un notable eco en la prensa internacional durante la celebración de los Juegos Olímpicos de Rio de Janeiro, cuando el atleta etíope, Feyisa Lilesa, sorprendió al cruzar en segunda posición la línea de meta de la prueba de maratón con los brazos cruzados a la altura de la frente, un gesto utilizado por los oromo en sus reivindicaciones.

La respuesta del gobierno hasta la fecha ha sido poco conciliadora. Las protestas en estos doce meses se han saldado con más de 500 fallecidos y miles de detenidos. Ante la pérdida



de control de la situación, el pasado octubre el Ejecutivo declaró por primera vez en 25 años el Estado de Emergencia, por un periodo de seis meses.

Estos acontecimientos apenas han tenido efecto en la buena relación de Adís Abeba con las economías occidentales. En un entorno de elevada turbulencia (véase los conflictos en Somalia y Sudán del Sur), la alianza con el gobierno etíope resulta estratégica para las principales potencias.

Por otro lado, los enfrentamientos han dañado el principal baluarte del gobierno: el desarrollo económico. El clima de tensión, además de paralizar la actividad económica, ha suscitado la desconfianza entre los inversores extranjeros, especialmente después de que diversas instalaciones de empresas foráneas hayan sido objeto de ataques por parte de los manifestantes. Esto ha agravado la ya de por sí adversa coyuntura, como consecuencia de la peor sequía de los últimos 50 años. Se prevé que el crecimiento de Etiopía registre una importante pérdida de dinamismo a lo largo de este año y, probablemente, también en el siguiente ejercicio.

Así pues, Etiopía está atravesando el periodo más convulso de las últimas décadas. Parece difícil que el endurecimiento de las medidas adoptadas por el gobierno logre eliminar la tensión social. El otro camino, el acercamiento del Ejecutivo a las peticiones de las comunidades contrarias al gobierno, resulta, de momento, lejano. Por ello, los enfrentamientos en los próximos meses entre ambas partes parecen inevitable. No obstante, aunque la escalada de violencia se intensificase, las probabilidades de que desembocase en un conflicto bélico son, en principio, limitadas, debido al enorme control de la administración por parte del FDRPE y el alineamiento de las fuerzas del orden y del ejército.



Uno de los mayores hitos en la historia de Etiopía es haber sido el único país africano que repelió el dominio de las potencias europeas en la época de la colonización - gracias a su resistencia frente a las fuerzas italianas en la guerra ítalo-etíope (1895-1896)-. Hoy, más de un siglo después, la principal amenaza al desarrollo no se encuentra fuera, sino en sus propias entrañas. La evolución de la tensión dependerá, en buena medida, de la firmeza o, por el contrario, del grado de negociación que adopte el gobierno central.

